

Filiación espiritual y filiación material

Por Diego Ulises Alonso Pérez

Padre e hijo (2003), *Madre e hijo* (1996).
Dirección: Aleksandr Sokúrov

Desde que el cine se volvió una pasión a la que me gusta dedicarle tiempo, siempre he priorizado en las interpretaciones que hago lo que las películas me provocan. Casi sin tomar en cuenta —aunque a veces investigo sobre el asunto— la verdadera intención del director, pues estoy profundamente convencido que cualquier artista-creador no es sino un hermeneuta (*hermeneuon*), en el sentido en que Platón utiliza la palabra en el *Ion*, o sea,



es un mensajero entre divinos y mortales, cuya función consiste únicamente en transmitir un mensaje del que desconoce el significado. Por lo tanto, no hay ni una verdadera intención ni un verdadero mensaje detrás de ninguna obra artística. Y ello porque justamente lo que transmiten las llamadas grandes obras es, igualmente que la percepción (entendida merleau-pontianamente), inagotable. Con esto tampoco pretendo defender un relativismo que sostenga que cualquier interpretación es adecuada, sino todo lo contrario, como bien enseña la fenomenología cuando uno empieza por fin a entenderla, de lo que se

trata es de asombrarse con la riqueza de significados. ¿Cómo se concilia esta imposibilidad de un mensaje único de la obra y su no arbitrariedad? De manera muy simple: que las obras no sean unívocas no quiere decir que carezcan, por ende, de sentido, sino simplemente que su sentido es múltiple, justamente como la percepción. Debiéramos ya por completo abandonar las posturas dicotómicas y dogmáticas que pretender hacer tanto de la percepción como del lenguaje algo exclusivamente unívoco o, por el contrario, algo sin ninguna univocidad. La inagotable e infinita riqueza perceptiva está justamente en su multivocidad, sin que ello implique arbitrariedad. Es verdad —como célebramente lo mostró Descartes— que esta o aquella percepción concreta puede engañarme; pero es igualmente indudable —en lo *previo* de cualquier posición, es decir, antes de la duda y la certeza— que la percepción como un todo es aquello de donde parte cualquier postura. Es como el paisaje que hace finalmente posible que se destaque esto o aquello que llama mi atención y que aparece desde el trasfondo que lo resguarda. Nada puede mostrarse sin aquel trasfondo oscuro —para usar una expresión husserliana— que le sirve como sustento desde el que viene a la luz aquello que se muestra. Para los poco familiarizados con el lenguaje fenomenológico aquí esgrimido, recurriré a un ejemplo sencillo que sirve para ilustrar lo que digo: cuando me dispongo a ver una película, ésta sólo puede aparecer porque todo lo demás reposa, se oculta, se hace invisible para hacer visible las imágenes (es obvio que no puedo ver una pantalla con una luz muy intensa que se dirija hacia ella o hacia mis ojos). Lo que desaparece lo hace para mostrar la secuencia de escenas, pero el flujo de imágenes no sería visible sin aquel trasfondo que lo acoge y lo resguarda, lo muestra, mientras se oculta. Lo mismo pasa, como nos lo dice el citado fenomenólogo francés, con la percepción y con cualquier otro acto intencional. Aquello que lo hace posible es justamente lo que no aparece; el juego entre lo visible y lo invisible. Por eso la fenomenología termina inevitablemente, en algún momento, convirtiéndose en fenomenología de lo inaparente.

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. Captura personal.

Dejemos esto como prólogo de mis comentarios sobre las películas. Lo que estos dos filmes de Sokúrov me hicieron pensar es justo en la filiación y el amor filial y ello en varios sentidos. Ambos largometrajes muestran lo complejo y multifacético de las relaciones filiales que empiezan en condiciones materiales concretas sobre las que crecen sus raíces hasta convertirse en frondosos árboles simbólicos en los que se juega el sentido primigenio y último de varios de nuestros fundamentos culturales. En *Madre e hijo* vemos retratado el amor de un hijo hacia su madre en la última etapa de su vida, que evoca el cuidado que inversamente tuvo la madre para con su cría al inicio de la vida de éste. Y lo vemos retratado de una manera sublime, de una manera que también nos recuerda otra filiación espiritual del realizador con la tradición rusa del cine, un digno heredero de Tarkovsky, justo porque no es un imitador o un repetidor, sino un hijo espiritual —la única filiación digna de ese nombre— que se apropia del legado de sus antepasados para seguirle dando vida. ¿De qué está hecha la filiación? ¿Dónde empieza, cómo se instituye y quién la funda? ¿Dónde y cuándo termina? Ninguna de estas películas intenta, de ninguna manera, detenerse en estas preguntas que me vinieron a la mente al verla, sino que su principal intención parece ser simple y llanamente mostrar los vínculos filiales entre una madre y un hijo y un padre y un hijo. Descriptivamente hablando la madre es vinculada con lo acogedor, lo que resguarda, con la tierra que mantiene y da vida. La figura paterna está más bien mostrada como la fuerza, el brío, la autoridad, el orden. Por un

• Filiación espiritual y filiación material

lado, se pensará que es una visión muy clásica y hasta trasnochada, por otro, va al núcleo del asunto mismo, en el que se diluyen las instituciones simbólicas que nos configuran y nos topamos con su génesis.

Nos encontramos con su génesis, es decir, la película nos lleva a pensar tanto en la constitución como en la institución de la filiación hecha tanto de materialidad como de espiritualidad y en donde ambas se diluyen una en otra: lo material es espiritual y lo espiritual material, sería la lección de la filiación. Y aquí la materialidad no la estoy pensado en un sentido empírico o materialista, sino también fenomenológico, es decir, la materialidad de la filiación no tiene que ver con procesos biológicos o fisiológicos que fuesen neutros y en tercera persona, sino con interacciones corporales y sensibles que implican algo en primera persona. La madre o el padre resguardan o imponen desde los gestos de su cuerpo con los que transmiten los primeros presentidos que iniciarán a los hijos en el mundo de la institución simbólica o cultural. El significado primigenio de las oraciones no es su sentido lógico o gramatical, sino su pura materialidad sensible que transmite calma, alegría, tristeza, enojo, etc. Y las palabras no se reducen a fonemas, sino que implican las demás expresiones corporales, las posturas, los gestos, las caricias, etc. El otro es instituido en el mundo espiritual por una relación filial en la que le es transmitido de manera sensible, corporal y tangible la clave para justamente iniciarse en el mundo espiritual y cuya materialidad dice otra cosa. Pero el que instituye, también es un otro que en su hacer es a su vez instituido en esas relaciones filiales que se van hilvanando y entretejiendo en la historia de los pueblos, que son su historia material concreta. Y por supuesto que esto no se reduce o simplifica a si efectivamente se tiene una madre o no y mucho menos importa la filiación en su sentido meramente biológico de ser el o la que engendra, sino precisamente en que la madre o el padre lo es siempre desde un sentido espiritual que, quizá paradójicamente, sólo se concretiza en la materialidad del poder-hacer de su corporalidad concreta desde la que se vincula con el otro que se convierte en esa relación filial que les da sentido al desplegarse en cuanto tal.